

LIBRO JUBILAR
EN HOMENAJE AL PROFESOR
ANTONIO GIL OLCINA

EDICIÓN AMPLIADA

PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

**LIBRO JUBILAR EN HOMENAJE
AL PROFESOR ANTONIO GIL OLCINA**

EDICIÓN AMPLIADA

**LIBRO JUBILAR
EN HOMENAJE AL PROFESOR
ANTONIO GIL OLCINA**

EDICIÓN AMPLIADA

INSTITUTO INTERUNIVERSITARIO DE GEOGRAFÍA
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Publicaciones de la Universidad de Alicante
03690 Sant Vicent del Raspeig
publicaciones@ua.es
<http://publicaciones.ua.es>
Teléfono: 965 903 480
Fax: 965 909 445

© los autores, 2016

© de la presente edición: Instituto Interuniversitario de Geografía y Universidad de Alicante

ISBN: 978-84-16724-09-3
DOI: <http://dx.doi.org/10.14198/LibroHomenajeAntonioGilOlcina2016>

Coordinación:
Jorge Olcina Cantos y Antonio M. Rico Amorós

Edición, composición y diseño de cubiertas:
Clotilde Esclapez Selva



Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

MARTÍN FERREIRO Y SU GEOGRAFÍA ELEMENTAL.

UN LIBRO DE TEXTO EN LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE MADRID (1894-96)

Fernando Arroyo Ilera

Universidad Autónoma de Madrid

Desde su fundación, en 1876 la Sociedad Geográfica de Madrid, Real Sociedad Geográfica desde 1901, tuvo un objetivo claro: favorecer y legitimar científica y geográficamente la acción colonial de España especialmente en África. En este sentido no se diferenciaba mucho del resto de las sociedades geográficas que, siguiendo el ejemplo de la de París fundada en 1821, se habían ido constituyendo en los principales países europeos. Todas las ciencias de la época contribuían en mayor o menor medida a tal objetivo, aportando argumentos científicos que justificasen la expansión colonial de los países europeos en el continente africano sobre todo. Además, la Geografía posibilitaba el conocimiento y exploración de los futuros territorios coloniales para facilitar su ocupación y administración posterior.

Por ello, la Sociedad Geográfica de Madrid llevó a cabo diversas actuaciones y promovió estudios e investigaciones buscando el cumplimiento de ese objetivo prioritario: mantuvo estrechas relaciones con la *Asociación Española para la Exploración de África*, patrocinó algunos viajes de exploradores de la época, como Iradier, Bonelli, D'Almonte, Gatell, Abargués de Sosten, entre otros, y organizó en 1883 el Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil, en el que destacó la participación de Joaquín Costa.

Todo ello, fue acompañado de la promoción de una Geografía de temática especialmente colonial, con la formación de una importante biblioteca al respecto y de múltiples investigaciones referentes tanto a África como a Cuba y Filipinas. Además, y de forma muy especial, la Sociedad fomentó la educación geográfica para promover el interés ciudadano en la colonización y la formación de los grupos que debían dedicarse a la labor colonizadora. Esta labor se acentuó los últimos años del siglo XIX, con la pérdida de Cuba y Filipinas en 1898, atribuida por algunos políticos de la época al

escaso interés y conocimiento que la sociedad española tenía del problema colonial (García Ramón y Nogué, 1995: 336) consecuencia, a su vez, de las deficiencias de nuestro sistema escolar y, en concreto, a la mala enseñanza de la Geografía.

Este es el tema que ahora nos interesa, especialmente por dos motivos. Primero, porque ante el desastre colonial y los pobres resultados de la política seguida en ese terreno por los sucesivos gobiernos de la Restauración, fue esa otra dimensión de la Sociedad Geográfica de Madrid, la científica y educativa, la que prevaleció y perduró a lo largo de más tiempo. Segundo, porque en el marco de ese interés de la sociedad geográfica madrileña por la educación geográfica, con múltiples informes y pronunciamientos públicos al respecto, se produjo la redacción de una Geografía Elemental, a cargo de su Secretario General, Martín Ferreiro y Peralta que, aunque nunca llegó a publicarse, constituye un ejemplo muy representativo de los esfuerzos por la renovación en la enseñanza de la Geografía llevado a cabo en aquel ambiente, de matizado regeneracionismo institucionista, que fue la Sociedad Geográfica de Madrid a fines del siglo XIX.

1. LA ENSEÑANZA DE LA GEOGRAFÍA EN LA SGM: LA INFLUENCIA DE LA GEOGRAFÍA FRANCESA Y DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

El interés de la Sociedad Geográfica de Madrid por la enseñanza de la Geografía estaba ya presente en el momento de su fundación. Se trataba, ante todo, de mejorar la educación geográfica de los españoles, sobre todo la de los hijos de la incipiente burguesía que empezaba a formarse en las ciudades. La Geografía era, para ese grupo social, una disciplina esencial para definir dos señas de identidad del mismo: la consolidación del Estado Nacional y su proyección colonial, por lo que se daba a su enseñanza un especial valor educativo. A ello contribuyó también el ambiente regeneracionista del momento y las esperanzas puestas en la Restauración por gran parte de las clases dirigentes del país. Además, la Sociedad Geográfica compartió afinidades y compromisos con el movimiento institucionista desde la fundación de ambas instituciones en el mismo año de 1876. Prueba de ello fue la presencia entre los socios fundadores de la Geográfica de un distinguido personaje de la época, Eduardo Saavedra y Moragas, conocido ingeniero, arabista, geógrafo e historiador, amigo de Giner y que fue uno de los convocantes, junto con Coello y Maldonado, de la asamblea fundacional de la Sociedad Geográfica. Esta simbiosis entre ambas instituciones se hizo aun más patente a partir de 1883, tras el Congreso de Geografía Colonial y Mercantil, donde Joaquín Costa y Gonzalo Reparaz tuvieron un protagonismo destacado.

Este interés por la enseñanza de la Geografía no era solo una preocupación que se producía en España ni exclusiva de la Sociedad Geográfica de Madrid. En Francia, según cuenta el mismo Vidal de Lablache en la necrológica de Levasseur publicada por los *Annales*¹, este fue encargado por el ministro Victor Dury, que le había precedido como profesor de Historia en el mismo Liceo, de un programa específico para la enseñanza de la geografía en secundaria. “Tras la guerra de 1870 –dice Vidal– los poderes públicos se preocuparon de la reforma general de la enseñanza de la Geografía: Jules Simon, entonces ministro de Instrucción Pública, encargo a Levasseur y Himly una encuesta por toda Francia para estudiar el estado de su enseñanza y las medidas a tomar. La interesante memoria presentada por Levasseur sobre este tema sirvió de base a los programas redactados por el mismo a continuación, que estuvieron en vigor durante mucho tiempo”.

La propuesta de Lavesseur, que contó con el apoyo de L. Drapeyron y M. Hennequin, se caracterizaba por la atención que se dedicaba del estudio económico y humano de la Geografía, coordinada con la historia, por el rechazo del memorismo y por la utilización de mapas y de ilustraciones, todo ello junto a un amplio programa de formación de profesores. Fue defendida y discutida en el Congreso Internacional de las Ciencias Geográficas de 1875 (Luis, 1985: 105), el mismo al que asistieron, entre otros delegados de todo el mundo, Francisco Coello, por parte de España y Leopoldo II por la de Bélgica y en el que, el primero tuvo la idea de fundar una sociedad geográfica en España y el segundo de promover la intervención colonial en África. Colonialismo y enseñanza de la Geografía se aunaban así, una vez más, a nivel internacional, como marcaba el signo de los tiempos.

Por otro lado, y como es sabido, Vidal de la Blache, que fue profesor de l'École Normale Supérieure desde 1877, mostró una constante preocupación por la enseñanza de la Geografía en numerosas ocasiones, lo que, sin duda, debió influir de forma significativa sobre los geógrafos españoles, en particular los agrupados en torno a la Sociedad Geográfica de Madrid. Así, en 1891 había publicado junto a Pierre Camena d'Almeida el *Cours de géographie á l'usage de l'enseignement secondaire*, además de un Atlas geográfico e histórico de gran aceptación en el país vecino y también en el nuestro. Del *Cours* se hizo, años después, una traducción al español, ampliada y corregida, a cargo de Antonio Blázquez y Delgado de Aguilera², que durante casi treinta años fue bibliotecario de la Real Sociedad Geográfica.

Pero hubo otros muchos ejemplos del interés, no exento de preocupación, que los socios y directivos de la SGM mostraron por el deterioro del sistema educativo de su país y de la urgente necesidad de su mejora,

1 Tomo XX (1911) págs. 456-458

2 Barcelona. Juan Gili. 1913-16. 6 volms.

principalmente en lo que se refiere a nuestra disciplina: “*Para que la Geografía llegue a ser un interés nacional precisa organizar cuidadosamente la enseñanza, con tendencia a hacer desaparecer el desnivel que en este ramo de la cultura existe hoy entre España y los pueblos más adelantados de Europa*”³ decía Torres Campos en 1882, cuando aun había lugar para la esperanza. Pero quince años después, cuando el desastre era ya inevitable, el tono del mismo autor es mucho más pesimista y la comparación con la Francia de Sedán resulta inevitable: “*Así como el desconocimiento en la geografía del país, por defectos en su enseñanza se ha considerado como una de las causas del gran desastre de 1870 para Francia [...] el desconocimiento de la geografía de las colonias en España, natural dado el abandono increíble que alcanza la enseñanza de nuestra ciencia [...] debe estimarse como uno de los factores de nuestras actuales desgracias*”⁴

Más adelante, tras el Noventayocho, las críticas se acentúan, muestran mayor pesimismo e insisten en la existencia de una relación de causalidad entre la pérdida de las colonias y la enseñanza de la Geografía. En 1903, en una conferencia pronunciada en la, ya para entonces, Real Sociedad Geográfica, Rafael Álvarez y Leopoldo Pedreira afirmaban a este respecto: “*si los estudios geográficos hacen florecer a las naciones [...] cuando estos conocimientos se descuidan la decadencia y rutina son inevitables*”, contundente frase con la que se apostillaba otra no menos contundente de Gonzalo de Reparaz: “*perdimos las colonias por no saber Geografía*”⁵.

Con la perspectiva que da el tiempo pasado, es evidente que este tipo de análisis crítico de la realidad española de fines del siglo XIX cae en una cierta hipérbole existencial, al atribuir a la enseñanza de la Geografía una directa responsabilidad en el Desastre. Sin duda fue enorme la conmoción que la pérdida de Cuba y Filipinas produjo en una sociedad, como la española, que venía experimentando desde tiempo atrás una intensa necesidad de regeneración constantemente frustrada, que los miembros de la famosa generación se encargarían de materializar poco más tarde. Y también enorme fue la sensación de fracaso colectivo que afectó a todas las profesiones y clases sociales. Pero, que cierto número de geógrafos, sobre todo profesores de esa disciplina, supusieran que la causa de tales desgracias era la mala enseñanza de su materia resulta hoy día síntoma de un cierto complejo y manifestación de un mal disimulado oportunismo.

3 Bol. SGM. T. XII. 1882. pág. 11.

4 Bol. SGM. T. XXXIX. 1897. pág. 121

5 Vid Álvarez Sereix, R y Pereira Taibo, L. (1903) *La enseñanza de la Geografía. Conferencia dada en la RSG*, Madrid. Imprenta hijos MG Hernández. págs 7-8. Asimismo es muy significativo el prólogo de S. Alba en la traducción española de la obra de Demolins, E. y Bertier, N. *La escuela de las Rocas*, que dice así.: “*La escuela yanqui, racional, humana, floreciente es la que ha vencido a la escuela de España, primitiva, rutinaria y pobre ¡Tenía que suceder!*” Cit Luis, 1985: 107.

Por eso, a nuestro juicio, fue Ricardo Beltrán y Rózpide, catedrático de Escuela de Estudios Superiores de Magisterio de Madrid y sucesor de Martín Ferreiro en la secretaria de la RSG, quien mejor representó los intentos de renovación de la enseñanza geográfica en España, al margen de denuncias de su situación y de interpretaciones más trascendentes. En efecto, como profesor de la Escuela Normal Superior, Beltrán realizó una importante labor de renovación pedagógica de la Geografía que tuvo gran importancia posterior y, a la vez, como sucesor de Ferreiro tuvo ocasión de conocer su manuscrito, intentar su publicación y posiblemente de aprovechar su legado, como veremos más adelante.

2. LOS PLANES DE ESTUDIO Y SUS INTENTOS DE REFORMA

Este ambiente de preocupación por la enseñanza de la Geografía, existente en la Sociedad Geográfica de Madrid en aquellos años tan representativos del *fin de siglo*, se manifestó, aparte de las conferencias y publicaciones antes mencionadas, en la toma de postura ante dos aspectos clave del problema: la estructura y configuración de los planes de estudio y la calidad de los libros de texto que se veían obligados a estudiar los niños españoles. Ambas cuestiones fueron tratadas en numerosas ocasiones y objeto de informes por parte de la Sociedad y de encargos y peticiones de asesoramiento por parte del ministerio.

La Geografía ha estado presente siempre en los planes de enseñanza de nuestro país, por lo menos desde 1833, pero por lo general formando una sola asignatura con la Historia. Formaba parte del currículo de los estudios primarios superiores desde 1838 y también en los elementales desde 1901. Para formar a los profesores se empezó a estudiar regularmente en la Universidad. En la de Madrid desde 1821 se impartió una *Geografía y Cronología* a cargo Fermín Caballero, que años después será el primer presidente de la Sociedad Geográfica. Poco a poco se fue incorporando a las enseñanzas de las escuelas normales y, más adelante, en otras escuelas especializadas: comercio, militar, etc. Había pues asignaturas de Geografía en los tres niveles educativos, aunque con diferente periodicidad según los sucesivos planes de estudio y casi siempre con escasa presencia en relación con otras disciplinas. A pesar de la contradicción que suponían ciertas declaraciones oficiales, como la pronunciada por García Alix, ministro de Instrucción Pública en 1901: "*Geografía es la ciencia capital en la educación*", o al hecho de que la Sociedad Geográfica contara entre sus presidentes con destacados políticos del momento, uno de los cuales, el conde de Toreno, fue autor de un importante proyecto de reforma educativa, aunque nunca llegara a aprobarse.

Aparte de las horas dedicadas al estudio de la asignatura, las mayores críticas que los geógrafos encuadrados en esta sociedad dedicaron a los

planes de estudio se referían a la diversidad de los enfoques científicos de la Geografía y a su excesivo enciclopedismo. Así, en 1893, en un dictamen del Consejo de Instrucción Pública sobre un proyecto de reforma, el consejero Sánchez Román dijo de la Geografía: “*es, en su constitución actual, más una enciclopedia que una ciencia*” (Luis, 1985: 93). Ello se debía, en gran medida, a la diversidad de contenidos de diferente naturaleza que, desde antiguo, han articulado su discurso científico. Siempre o casi siempre unida a la Historia, pero con supervivencias de elementos matemáticos para el estudio de la Tierra como cuerpo celeste, con sus movimientos y el de los demás planetas y otros fenómenos astronómicos. Además, cada vez se exigía mayor atención por aspectos geológicos y climáticos estudiados por otras ciencias especializadas, lo que debía compatibilizarse con minuciosas descripciones de accidentes físicos y humanos, que caracterizan a países y continentes y que tan farragosa hacía su enseñanza. A la vez, la Geografía desarrolló el estudio de los aspectos humanos de la sociedad y la perspectiva cultural y paisajística en el estudio del territorio. Todo ello planteaba una constante discusión epistemológica que afectaba a la didáctica de la disciplina, como la sigue afectando hoy día, en la que los más diversos intelectuales de muy distintas ramas se sentían llamados a intervenir⁶. No hay que extrañarse pues de que, unos años más tarde, dijera Azorín a este respecto: “*España, un país donde nadie sabe Geografía. Poco la Geografía del mundo. Nada la Geografía de España*”⁷.

Buscando una solución y, a parte de los innumerables proyectos de reforma sugeridos por la Sociedad Geográfica de Madrid⁸, esta proyectó en 1884, siguiendo el ejemplo francés, hacer una encuesta a los principales centros educativos y científicos del país para conocer su opinión sobre los problemas de la enseñanza de la Geografía. Parece ser que el cuestionario fue preparado por expertos ingleses de la Royal Geographical Society, interesados, al igual que los franceses, en conocer y mejorar la enseñanza de la Geografía en toda Europa, pero no sabemos si se llevó a la práctica (Llorente, 1988: 65)

3. LOS LIBROS DE TEXTO DE GEOGRAFÍA Y EL MERCADO EDITORIAL EDUCATIVO A FINES DEL SIGLO XIX

El otro aspecto de la enseñanza geográfica en el que la Real Sociedad jugó un papel destacado fue el de los libros de texto, que, por aquellas fechas

6 Esta situación era denunciado también con carácter general por varios pedagogos como Benot y Becerro de Bengoa (Luis, 1985: 106), mientras que en el otro extremo un conocido paleontólogo del momento J. Vilanova ofrecía su solución: *Observaciones y explicaciones del plan de una obra de Geografía Geológica*. En Bol. SGM. Tomo I. n. 3, junio 1876.

7 Azorín (1916): *Un pueblecito (Riofrío de Ávila)*. Madrid. Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.

8 Cuyas vicisitudes han sido tratadas por Hernández. Sandoica (1980: 534-543)

y como consecuencia de la expansión demográfica, económica y educativa, empezaba a convertirse en un sector clave del sistema de enseñanza. Así, Entre 1848 y 1885 se duplicó el número de escuelas y de maestros y casi se triplicó el de alumnos escolarizados en Enseñanza Primaria, que pasaron de 650.000 a 1.700.000, en las fechas citadas (Capel y otros, 1985: 11). Del mismo modo, entre 1850 y 1925 se editaron unas 160 obras de geografía para la enseñanza primaria, geografías elementales o con otros títulos, pero de muy desigual calidad y unas 130 para la Enseñanza Media, la mayoría en los primeros años del s. XX. Pero esta notable oferta editorial era muy heterogénea y contradictoria, algunas plagadas de errores, predominio memorístico, deficiencias pedagógicas y científicas.

Muchos de los miembros de la Real Sociedad Geográfica, eran profesores de gran capacitación y muy críticos por ello con los libros de texto de Geografía existentes en la época. Constituían un grupo selecto de geógrafos y profesores que se sentían intelectualmente superiores -y seguramente lo eran- respecto a la legión de autores de textos, de la más variopinta condición. Estos los veían, a su vez, como minoría selecta, elitista y excluyente, por lo que no estaban dispuestos a someterse a su control. La opinión de aquellos sobre los libros de estos la expresaba así Rafael Ballester (1916) uno de los profesores vinculados a la Sociedad Geográfica: *“Los libros destinados a enseñar Geografía publicanse abarrotados de estadísticas, de interminables nomenclators, listas de “pueblos importantes” y cuadros sinópticos amazotados de letra grande y chica; pero sin un solo mapa, ni bueno ni malo, sin el más elemental esquema o gráfico, sin grabados geográficos (que de tales no han de calificarse los monumentos históricos o arquitectónicos con que algunos ilustran los libros de Geografía) expresivos, característicos y documentales”*.

La Real Sociedad Geográfica había reclamado en numerosas ocasiones un papel más activo en este campo, como asesoramiento a los autores, inspección de editoriales o censura de los textos, pero con escaso éxito. Por el contrario, la Real Academia de la Historia si que tenía algunas competencias en la materia, pero a efectos tan solo de dictaminar sobre las condiciones didácticas de los libros de texto⁹ de Geografía e Historia y que, en ocasiones, en lo que corresponde a los primeros, eran ejercidas por miembros de la Sociedad Geográfica que también lo fueran de aquella otra corporación académica, que era el caso de Beltrán y Rózpide o Torres Campos entre otros. Así, para Beltrán había libros de texto reconocidamente perjudiciales para la enseñanza de la Geografía, por lo que recomendaba su sustitución por mapas¹⁰. Torres Campos abogaba también por incorporar las excursio-

9 Según Real Orden de 28 de Febrero de 1908 que desarrollaba el art. 29 del Real decreto de 12 de Abril de 1901.

10 Bol. SGM XXXII, 1892, pág. 385.

nes a la tarea docente a fin de “enseñar sobre los objetos mismos, mediante la observación directa, más que por explicaciones teóricas”¹¹. Similar opinión era mantenida por Ballester que resumía ambas posturas propugnando “el advenimiento de métodos nuevos o reformas, una de las cuales, para que aquel estudio sea “una cosa viva”, ha de consistir esencialmente en la sustitución de los libros por los mapas, excursiones, viajes y “ejercicios prácticos”¹².

Fácilmente se comprenderá que ante tal tipo de críticas de personalidades de reconocido prestigio en la materia, encuadradas en una institución como la Sociedad Geográfica de Madrid, el Ministerio de Fomento no tuviera más remedio que tomar en cuenta estas opiniones y, en 1894 y a través de la Dirección General de Instrucción Pública, encargó a la Real Sociedad Geográfica la redacción de un libro de texto que pudiera servir de modelo para la enseñanza de la Geografía; encargo que la sociedad delegó en quien fuera su primer secretario general, Martín Ferreiro y Peralta, quien debió dedicarse a esa tarea con absoluto celo, pues solo dos años después, poco antes de su muerte, el libro estaba prácticamente terminado y listo para publicarse. Si hubiera sido así, se habría conseguido una referencia bibliográfica esencial que comparar con los numerosos textos que constituían el mercado editorial educativo de la época.

Libros de Geografía

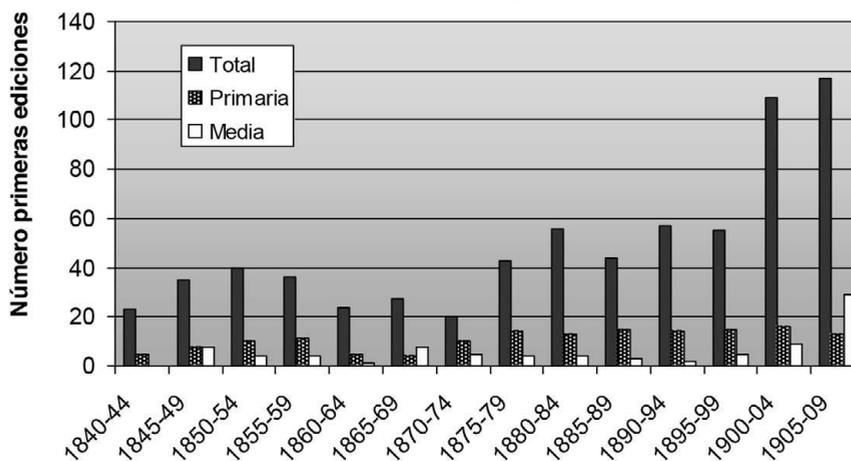


Figura 1ª. Número de primeras ediciones de libros de texto de Geografía. Enseñanza Primaria. Enseñanza Media. Total libros de Geografía (Según Capel y otros, 1985: p.11 y ss)

Pero, ¿cuáles eran esos libros que desencadenaban una crítica tan generalizada y cuál el número total de los mismos? Horacio Capel, Jordi Solé

11 *La Ilustración Cantábrica* t. IV, n° 16, p.188: Madrid, 8 de junio de 1882

12 Cfr. <https://jaeinnova.wordpress.com/tag/rafael-ballester-y-castell/>

y Luis Urteaga (1985) estudiaron ambas cuestiones hace ya algunos años, lo que nos permite hacernos una idea aproximada de ambos temas. Entre 1840 y 1910, y contando solo las primeras ediciones, se editaron, según los datos recogidos por los autores citados, sin pretender ser exhaustivos, algo más de 650 libros para la enseñanza de la Geografía, 150 para la Enseñanza Primaria, casi 90 para la Media y el resto para otros niveles educativos y enseñanzas especializadas, tal como puede verse en la figura 1^a.

En dicha gráfica es patente como el número de ediciones va aumentando paulatinamente, alcanzando el máximo a fines del siglo XIX y primeros años del XX, precisamente el momento en que Ferreiro escribió su *Geografía*, cuando la demanda debió ser también mayor. Pero más que el número, aquí nos interesa la calidad y caracteres de estos textos, sobre todo los dedicados a la enseñanza de la Geografía en la Enseñanza Primaria y primeros cursos de la Media, teniendo en cuenta sobre todo aquellos libros que por tener un mayor número de ediciones y estar durante más tiempo en el mercado podemos suponer eran los que tendrían también mayor aceptación y calidad.

Con esta perspectiva, en el estudio antes citado (Capel y otros, 1985: 47-48) se subraya la existencia de una serie de libros de texto que estuvieron “en vigor” durante un dilatado espacio de tiempo. Entre ellos se destacan las obras de Esteban Paluzie Cantalozella, autor de una *Geografía para niños*, cuya primera edición fue de 1853 y la última de 1928. El mismo autor había publicado anteriormente otros dos libros de texto: *Elementos de Geografía* (1838) y *Elementos de Geografía para niños* (1841). Otro prolífico autor en reediciones fue Sandalio Perlado y Melero que publicó una *Nociones elementales de Geografía Universal y particular de España*, 1882 que estuvo en el mercado hasta 1929. Y otros muchos más con menor difusión y número de reediciones¹³.

A rasgos generales, se puede apreciar diferencias de calidad en estos libros según dos variables principales: la época de edición, pues por lo general los libros mejores científica y didácticamente son los más modernos, y la profesión y especialización científica de los autores que en muchos casos no eran geógrafos y ni siquiera profesores. De entre todos ellos, hemos elegido algunos casos que, analizados con detalle, evidencian el fondo del problema y la razón de las críticas mencionadas.

El primero de ellos es el llamado *Catecismo de Geografía Elemental para la primera edad*, publicado en 1861, en Pamplona¹⁴, por Florencio Sanz y

13 Entre los que la lista podría llegar a ser interminable, no obstante lo cual podemos citar algunos otros representativos como los de José Roca Ruscadella: *Nociones de Geografía General y particular de España* (1873), Máximo Roca Monfort: *Nociones de Geografía* (1892), Patricio Palacio. *Elementos de Geografía* (1865), M. Góngora y Martínez, *Nociones de Geografía* (1881), Manuel Merelo, *Lecciones elementales de Geografía General* (1897), F. Sánchez Casado, *Prontuario de Geografía* (1896), G. Vergara Martín, *Nociones de Geografía* (1899) (vid. Capel y otros, 1985: 47-48 y Llorente, 1988: 67)

14 En la imprenta de Francisco Erasun y Rada.

Baeza, “secretario de Ayuntamiento y oficial primero 2º cesante (sic) del Ministerio de la Guerra”. El libro esta estructurado, en efecto, como si de un catecismo se tratara, con preguntas y respuestas tan asombrosas como las siguientes: “¿Qué se entiende por Geografía? Ciencia por la cual se conoce la extensión de lo que llamamos Mundo, Tierra y Globo terrestre. ¿Descansa el Globo en alguna cosa? No señor está en el aire y roda en el espacio sobre si mismo. ¿Qué son los antípodas? Son los hombres que habitan en la tierra en parajes completamente opuestos”. Y así mucho más, hasta el punto de que la última pregunta sobre “los antípodas”, está tachada a mano en el ejemplar consultado, seguramente por el infeliz maestro que debió verse obligado a enseñar con tal método.

Este ejemplo pudo ser una exageración pero no una excepción. Los *Elementos de Geografía* de Patricio Palacio (1865), doctor en Jurisprudencia y catedrático de Hª y Gª. obra destinada a Institutos, Normales y otros establecimientos, presenta no obstante una estructura en preguntas y respuestas como el “catecismo” antes citado. Además, el subtítulo enumera de forma farragosa los contenidos del texto “...que comprende los principios generales de la ciencia, la geografía descriptiva considerada bajo las relaciones astronómicas, físicas, políticas, industriales, mercantiles, militares y eclesiásticas y la histórica de la Antigüedad, Edad Media y Moderna”¹⁵.

Representativo no solo de una forma de enseñar, o mejor de “no-enseñar” que estamos viendo, sino también de la situación social de la época, es el *Curso Elemental de Geografía Universal* de Manuel Rafael de Vargas (1849)¹⁶ “Secretario Honorario de S. M. Caballero de Gracia de la Ínclita y Militar Orden de S. Juan de Jerusalén, Jefe Superior político de esta provincia e individuo de varias sociedades literarias del Reino y del extranjero”, que después de tal currículo y de dedicar su obra al general Serrano, agradece al final de su prólogo “al catedrático de Matemáticas D. José Giménez Serrano, que se ha encargado de revisar, ordenar y redactar mis apuntes, que ha cuidado de la edición y de las láminas, y que ha hecho en fin lo que yo no podía por las asiduas tareas que me cercan, como Jefe superior político de esta provincia de Jaén”. ¿Sería muy arriesgado suponer que el mencionado matemático fue además el autor real del libro en aquella España caciquil? Por lo demás, la obra mantiene una mal disimulada estructura de catecismo y el mismo tono enciclopédico y memorístico que estamos viendo.

Pero lógicamente no siempre era así y en otras ocasiones encontramos con otros textos más adecuados a su finalidad. Es el caso de la *Geografía elemental*, (1912) de Rafael Montes y Díaz, catedrático de Geografía é

15 Madrid. Carlos Bailly-Bailliere.

16 Jaén. Imprenta de la Sociedad Tipográfica.

Historia en el Instituto de Tarragona, obra que fue informada por Beltrán y Rózpide en cumplimiento de las disposiciones antes citadas y que, según este, “*consigue, acomodar los elementos científicos y descriptivos de la materia que enseña al estado de inteligencia y de cultura de los alumnos*”¹⁷.

El caso de Beltrán resulta muy significativo, pues además de crítico e informante sobre la calidad de los libros de texto, él mismo fue también autor de algunos, como *La Geografía y su enseñanza* (1913)¹⁸ y *Geografía, guía y plan para su estudio* (1920)¹⁹, ambos en línea con sus esfuerzos para renovar la enseñanza geográfica en las escuelas normales de las que era catedrático. Caso igualmente significativo, debido sobre todo a la personalidad de su autor, fue la *Geografía Elemental: Compendio didáctico y razonado* (1895)²⁰ de Ricardo Macías Picavea que, como es sabido, fue catedrático de Geografía e Historia del Instituto de Valladolid. La obra no solo supone un notable esfuerzo por mejorar la explicación geográfica mediante un enfoque pedagógico novedoso, práctico y alejado de la disertación magistral, sino que además, en la parte dedicada a España aborda el estudio geográfico de la realidad española bajo el mismo esquema que luego repetirá en sus ensayos más representativos.

También escapa a la tónica general la *Geografía Elemental* de Ramón Alabern Casas, más conocido por su atlas destinado también a la enseñanza. Dicha obra estaba “*dedicada a S.A.R. El Sermo. Señor Príncipe de Asturias*”²¹, el futuro Alfonso XII, a la sazón de diez años. Pero al margen de este toque cortesano, la obra se inspiraba en un “*nuevo método de enseñanza directa sobre los mapas sin necesidad de libros*”, es decir uno de los objetivos didácticos de la época. En efecto, como complemento del texto la obra insertaba ocho mapas de Europa, España y Portugal, Asia, África, América, Oceanía, Tierra Santa y un Mapa-mundi, además de un cuaderno con instrucciones para los profesores. Sin duda por ello, la obra fue “*declarada útil para las escuelas por Real orden publicada en la Gaceta de 9 de febrero de 1866*”.

Dejamos para el final los *Elementos de Geografía*, de Manuel Zabala Urdániz, catedrático del instituto San Isidro de Madrid y antes del Luis Vives de Valencia. Zabala era sobre todo historiador, pero su Geografía se apartaba notablemente de la mediocridad predominante. La primera edición de su libro es de 1887 y era un extenso manual del que luego se hicieron muchas ediciones y versiones reducidas, hasta dieciséis hemos podido re-

17 Informe sobre el libro de *Geografía elemental*, de Rafael Montes, á los efectos de la Real orden de 28 de Febrero de 1908 Boletín de la Real Academia de la Historia Tomo 60, Año 1912 pp. 258-260

18 Madrid Imp. del Patronato de Huérfanos de Intendencia é Intervención Militares

19 Idem.

20 Valladolid, Establecimiento tipográfico de Hijos de Julián Pastor, 164 págs..

21 Madrid: Imp. Manuel Minuesa, 1867

gistrar hasta 1918, pero adaptadas a diferentes niveles de estudio, cursos y planes, como lo evidencian los subtítulos de los libros y la variabilidad de su extensión: *Elementos de Geografía Universal, de España, Descriptiva, de Europa*, etc. incluso *Comercial y Estadística*²². Zabala era un característico catedrático de Instituto, que jugó un papel clave en la configuración de este cuerpo del profesorado oficial y, como tal, un autor de libros de texto que se estudiaron en muchos Institutos durante años. Era además un conocido político del partido Liberal, había sido alcalde de Valencia y en 1896, a la muerte de Ferreiro, era vocal de la junta Directiva de la Sociedad Geográfica de Madrid. Sin duda por ello debió conocer a Ferreiro y participar en los debates sobre la calidad de los libros de texto que a él le interesaba por partida doble. Y es posible que no estuviera ajeno al encargo de la Dirección General de Instrucción Pública a la Geográfica, teniendo en cuenta que era su partido, el liberal de Sagasta, el que entonces estaba en el poder. Pero la elección no recayó en un profesor sino en un marino, cartógrafo y topógrafo, lo que sin duda debió causar cierta sorpresa.

4. MARTÍN FERREIRO Y PERALTA (1830-1896)

La vida de Martín Ferreiro fue un ejemplo representativo de la de un geógrafo de campo, buen cartógrafo y marino, hombre de acción más que de gabinete pero que culmina su obra con un librito de enseñanza. Nació en Madrid, el 10 de marzo de 1830, terminados sus estudios, obtuvo plaza en 1855 como de delineante cartógrafo en la Dirección General de Hidrografía, siendo encargado de la edición española del código de señales marítimas, obra que se publicó 1873. Formó parte del equipo de Francisco Coello para el levantamiento del Atlas de España, por lo que recorrió todo el país realizando los trabajos geodésicos y topográficos correspondientes. En 1864 editó un *Atlas Geográfico de España* de 58 mapas y en 1872 delineó un *Mapa histórico de España en el siglo XIV*, hecho para el Atlas de Geografía Universal de Pettermans, que fue premiado en Viena. De esta primera época es también el *Diccionario Marítimo Español*, editado en Madrid en 1864, del que fue coautor con José de Lorenzo y Gonzalo de Murga, obra de gran interés en la época.

En 1876, al constituirse la Sociedad Geográfica de Madrid, bajo la presidencia de Fermín Caballero, fue nombrado primer secretario de la misma, gracias al apoyo de Coello con el que conservó una gran amistad durante

22 A lo largo de ese tiempo fueron también varios los editores de sus libros: Imprenta J. Ortega en Valencia (cinco ediciones) y sobre todo Imprenta de J. Góngora Álvarez en Madrid, aunque las últimas ediciones lo fueron a cargo del Establecimiento tipográfico de Jaime Ratés, también en Madrid. Zabala fue autor también de un *Atlas Escolar para la enseñanza práctica de la Geografía*, que contaba con un cuaderno de ejercicios y mapas mudos. Madrid, Establecimiento Tipográfico de José Góngora, 1912. 51 págs.

toda su vida. Representó a la sociedad en varios congresos internacionales como los de Venecia (1881) y París (1889). Como secretario de la sociedad tomó parte en distintos acontecimientos en fomento de la acción colonizadora de España en África, objetivo esencial de la misma en aquellos años. Formó parte, junto a Costa, Fernández Duro y Torres Campos, de la comisión gestora de la Sociedad Comercial Española en 1883 y participó en la constitución, ese mismo año, de la Sociedad de Africanistas y Colonialistas. Pero como otros muchos de sus coetáneos, no se limitó a fomentar este tipo de actuaciones, también expresó sus reservas ante un colonialismo de finalidad exclusivamente material, que no respetaba la cultura de los pueblos indígenas y conducía a procesos de aculturación, mostrándose, a este respecto, un auténtico adelantado para su época.

Participó de forma destacada, como miembro de la Sociedad Geográfica y funcionario del Depósito Hidrográfico de la Marina, en la unificación internacional de términos geográficos, sobre todo de los territorios recién descubiertos, explorados o colonizados. Su última intervención pública y sin duda más notable, fue la fundación de la Sociedad de Salvamento de Náufragos, constituida en Madrid el 19 de diciembre del año 1880 bajo el patronato de la reina María Cristina y la protección de la infanta Isabel, con el objeto del salvamento de náufragos en las costas de la Península, islas adyacentes y colonias, tarea a la que se entregó con auténtico celo, publicando un libro sobre los objetivos e importancia de dicha asociación.



Figura 2ª. Martín Ferreiro y Peralta (1830-1896).

Además de todas esta actividad de marino, geógrafo y cartógrafo que Ferreiro desempeño admirablemente a lo largo de su vida, hay que añadir

otra muy distinta, la de redactor de una Geografía Elemental de finalidad docente que añadir a la nómina de libros de texto antes citados. Pero con tres peculiaridades que diferencian su libro de la mayoría de aquéllos y justifican el interés del presente estudio: fue un encargo oficial, nunca llegó a publicarse y, por su concepción didáctica y editorial, fue y sigue siendo una obra de gran interés geográfico y pedagógico.

Pero ¿por qué tal encargo a un cartógrafo y marino como Ferreiro? ¿No había profesores más apropiados para la tarea en una sociedad en cuya directiva figuraban Torres Campos, Beltrán y Rózpide o Gonzalo de Reparaz e incluso autores de libros de texto como Zabala? Nunca podremos responder con exactitud a estas preguntas, pues encubren una cuestión de intenciones imposible de desentrañar ciento veinte años después, pero sí completar la imagen tradicional de Ferreiro como marino y cartógrafo, con sus competencias en el terreno educativo y en el de la comunicación gráfica.

Empezando por las últimas. La Geografía Elemental que analizamos es tanto un libro de texto como un repertorio gráfico de imágenes y mapas. Ferreiro concibió una forma de enseñanza geográfica, muy acorde con las más avanzadas tendencias del momento, basada en la observación y en su plasmación cartográfica, para lo cual demostró estar muy bien capacitado, tal vez mejor que un profesor más convencional. La acertada elección del dibujante hizo el resto. En segundo lugar, en lo que se refiere a la experiencia docente de este marino tal vez habría que buscar la explicación en un breve párrafo que, en su discurso necrológico, le dedicó el almirante Victor Concas: “*Dio gratuitamente durante cinco años la clase de Geografía en la Asociación para la Enseñanza de la Mujer*”. Precisamente al final de su vida, cuando debió compatibilizar esas clases con la redacción de su libro.

La Asociación de Enseñanza de la Mujer fue un producto memorable de la segunda mitad del siglo XIX. Fundada por Fernando de Castro en 1870, para agrupar a todas las escuelas y asociaciones creadas anteriormente por él mismo con el fin de educar a las mujeres y facilitar así la mejora de la sociedad, sobre todo las de clase media que, a su juicio, eran las que se veían más limitada por los convencionalismos de la época y también las que podían tener mayor capacidad de regeneración sobre la sociedad, si recibían la educación adecuada. Fernando de Castro, que fue desde capellán de la reina a convencido krausista, amigo de Sanz del Río, de Giner, de Salmerón y rector de la Universidad Central, formaba parte pues del mismo grupo de intelectuales y políticos reformadores en el que, en un orden muy distinto y con objetivos diferentes, había surgido la Sociedad Geográfica de Madrid. No tiene nada de particular que conocidos miembros de la Sociedad fueran también profesores de la Asociación y viceversa. Ese fue el caso de Ferreiro, pero también el más conocido de Torres Campos, que siempre mostró un fuerte compromiso al respecto, tanto en la Institución Libre de

Enseñanza, como en la Sociedad Geográfica, en la Asociación para la Enseñanza de la Mujer y en la Escuela Normal Central de Maestras (Melcom, 1989: 26) de la que era profesor. En menor medida, fue también el caso de Blázquez y Delgado de Aguilera, bibliotecario de la Geográfica durante un dilatado tiempo.

5. LA GEOGRAFÍA ELEMENTAL DE MARTÍN FERREIRO

Martín Ferreiro redactó una *Geografía Elemental* de gran calidad conceptual para la época y con un extraordinario aparato gráfico que desgraciadamente su muerte dejó sin publicar, aunque totalmente acabada. Está compuesta por dos tomos²³ encuadernados en pergamino por Antonio Menard, famoso encuadernador madrileño de origen francés, del que sabemos que en 1896 prestaba este tipo de trabajos a la Real Academia de la Historia casi en exclusiva (Vega, 1996: 35). El primer tomo incluye 28 láminas de ilustraciones que complementan el texto del tomo segundo²⁴. Dibujos debidos a la experta mano del ilustrador menorquín José Riudavets i Monjo (1840-1902), que pertenecía a una familia de cartógrafos y delineantes de mapas muy vinculados al Depósito Hidrográfico de la Marina. Fue teniente de navío y trabajó con su padre Pedro y su tío José Riudavets y Tudury en el levantamiento y la impresión de cartografía costera. Pero, además fue un excelente ilustrador, con numerosos trabajos en la revista *La Ilustración Española* y en algunas otras publicaciones de la época²⁵. De ahí sus contactos y posible amistad con Ferreiro, solo diez años mayor que él, por lo que nada tiene de extraño que este, conociendo su habilidad tanto para el dibujo cartográfico como para el artístico, le encargara el trabajo de ilustrar su Geografía que requería de ambas habilidades. Los dibujos de Riudavets, valorados en 750 ptas. de la época, que este cobró al finalizar su trabajo y antes de que el libro pudiera ser publicado, constituyen uno de los aspectos de más valor de la obra: “*los dibujos que ha ejercitado bajo la dirección de D. Martín Ferreiro forman parte integrante de la obra citada*”, puede leerse en una carta suelta dirigida a Beltrán y Rózpide que acompaña, en las guardas, a uno de los volúmenes citados. De las veintiocho láminas de ilustraciones, quince son en color, pintadas a acuarela y las otras trece son dibujos a pluma y una sola tinta. Los once primeros son los que, a nuestro juicio tienen más valor, pues están constituidos por dos ilustraciones por cada lámina, una representando la perspectiva paisajística de cada uno de los escenarios comentados por Ferreiro y la otra su plano o mapa. Cada uno de estos pares

23 BNE. Sig. SG. Mss. C^a. 19 2 y 19 3.

24 Dichas ilustraciones se pueden agrupar en: Vistas y planos a color (11 láminas); Mapas de España y de la Tierra a color (6 láminas), el resto son grabados en blanco y negro

25 Destacan los ilustraciones que hizo para los libros de Eduardo Toda y Güell: *A través de Egipto y Vida en el Celeste Imperio*.

responden pues al argumento esencial del método didáctico aplicado por Ferreiro y que veremos más adelante. El resto de las ilustraciones, tanto en color como en blanco y negro, son más convencionales.

El tomo segundo²⁶, manuscrito con una excelente caligrafía seguramente del mismo autor, al menos en parte, pues se pueden observar dos estilos diferentes, contiene el texto de la Geografía, un programa de conocimientos mínimos con las correspondientes preguntas para la evaluación y una guía e instrucciones para el maestro. Todo ello, como puede verse, notablemente adelantado para la época.

Pero además de los aspectos formales que hemos reseñado, lo importante de la Geografía de Martín Ferreiro fue su concepción pedagógica y el método que aplica para la enseñanza geográfica. Desde tiempo atrás, la mayoría de las críticas que se hacían a los libros de texto, se referían a su carácter enciclopédico y a la falta de un método didáctico para su enseñanza. Por ello, Ferreiro tuvo en cuenta, para escribir su libro, algunos criterios pedagógicos esenciales para lograr el referente educativo que se pretendía. Esos criterios estaban basados en la didáctica geográfica más avanzada de aquel entonces y que, como ya hemos dicho, fueron expuestos en el Congreso de París de 1875.

Frente a la concepción meramente descriptiva y enciclopédica de la Geografía se oponía una perspectiva más directa y personal que buscaba no que el niño supiera cosas de su pueblo o país, sino que comprendiera y aprendiera a vivir en un determinado entorno. Era el llamado método *topográfico*, que iba de lo particular y lo local a lo más general, con larga tradición pedagógica, aunque con algunas excepciones notables como las de Antillón o Reclus. Así lo explicaba admirablemente Rafael Ballester (1916: 14), por aquellas mismas fechas: “*aprender a conocer por sí mismo el medio geográfico, a base del conocimiento directo de la localidad en que se mueve y alienta, para continuar después por los de aquellos más próximos o inmediatos y, finalmente, de los demás países, hasta completar, en lo que cabe, el conocimiento total de la Tierra*”.

Además, también se insistía en la necesidad de no olvidar otros elementos del proceso cognitivo en el estudio de la Geografía, como el principio de *relación* entre los hechos geográficos y el de *causalidad*, sin los que no puede haber un auténtico aprendizaje científico. Así lo explicaba Beltrán y Rózpide en un informe sobre un libro de texto sometido a su dictamen en 1912: “*No es posible enseñar bien la Geografía si no se relacionan y ge-*

26 Con un total de 135 páginas que contienen los siguientes temas: Prólogo. Principios generales. La población. Un viaje aéreo. Ojeada por España. Viaje a la Luna. Más allá de la Luna. Planetas. Cartografía. Mares y corrientes. Relieve. Ideas generales sobre Geografía. Política y Económica. Continentes. Península. Posesiones ultramar y Portugal. Programa, preguntas y conocimientos mínimos. Guía e instrucciones para el maestro.

neralizan científicamente los hechos, para investigar la causa ó razón de los mismos”. Pero, sin olvidar, continúa Beltrán, la adecuación a la edad de los alumnos: “Pero hay que tener en cuenta también la edad en que los alumnos de los Institutos generales y técnicos que estudian Geografía, y procurar acomodar los elementos científicos y descriptivos de la materia que enseña al estado de inteligencia y de cultura de aquéllos”²⁷.

Todas estas referencias pedagógicas constituyeron la argumentación básica que presidió la redacción de la Geografía de Ferreiro, tal como lo expresa él mismo en tres párrafos significativos de su libro. El primero es la cita que hace de Vivien de Saint-Martin (1802-1897) al comienzo de su obra: “La escasez de conocimientos geográficos es triste síntoma en la educación de un pueblo. A instrucción general bien desarrollada corresponde siempre una sólida enseñanza de la Geografía”. Es casi una declaración de principio, en consonancia con el ambiente que se vivía en toda Europa respecto a la enseñanza de la Geografía y la consolidación nacional de los países europeos.

El segundo constituye el argumento esencial del Prólogo en el que, citando a Lefebvre (1828-1911) –lo que evidencia la filiación intelectual que quiere dar a su libro–, afirma:

“Tres reglas fundamentales propone el ilustre Lefebvre para la enseñanza de la Geografía: hacer ver, lograr que lo visto se comprenda y, por último, hacer que la memoria pueda retenerlo sin tedio ni cansancio. A satisfacer todas estas reglas se encamina el método que hemos adoptado.

- *Cúmplese la primera regla, esto es que los discípulos vean por sus ojos el objeto de cada lección, presentándoles vistas perspectivas de localidad conocida y al lado sus planos topográficos*
- *Con este sistema, de las formas del terreno conocidas se pasa, sin extrañeza y en perfecto encadenamiento, a las desconocidas, quedando hecho con sencillez el difícil y necesario aprendizaje de la lectura de un mapa y cumplida la segunda regla*
- *Sobre esta base comienza luego la enseñanza geográfica, pasando de lo simple y general a lo particular y complejo, cumplimentando la tercera regla con un buen método de clasificación”.*

Este párrafo es el núcleo básico de su sistema pedagógico: primero, observación del entorno, ampliando paulatinamente el espacio observado; segundo, cartografía de lo observado y relación entre el paisaje y el mapa o plano correspondiente; tercero, generalización de lo así aprendido a otros ámbitos geográficos, invirtiendo el proceso seguido para el aprendizaje. A ello cabe añadir unas breves consideraciones sobre el método seguido por Ferreiro para la exposición didáctica, totalmente diferente al catequético

27 Ver nota 17

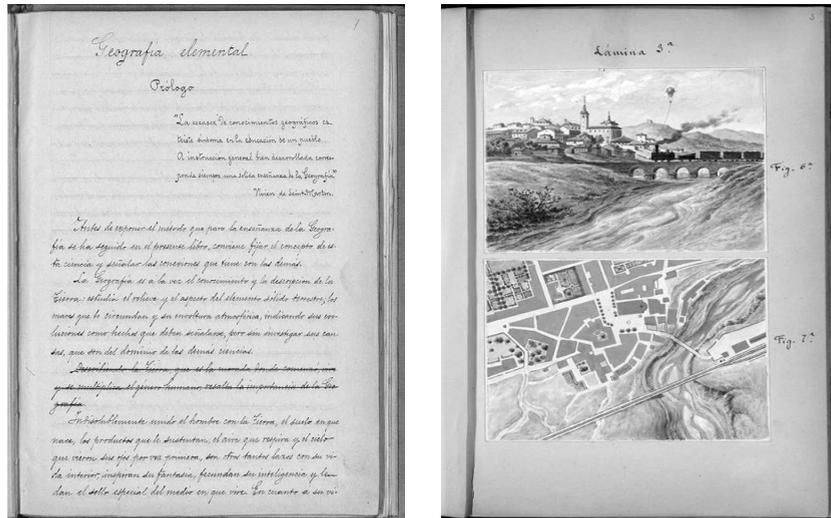
seguido en otros manuales al uso, como ya hemos visto, lo que explica con estas palabras: *“La Sociedad Geográfica ha preferido emplear el método narrativo, la explicación en sencillo lenguaje y claros ejemplos, al comúnmente usado de preguntas y respuestas que ni estimula al maestro para inculcar la enseñanza, ni al niño le da razón suficiente de lo que estudia”*. De esta forma se logra, a su juicio, un aprendizaje activo e incluso divertido, como expresa nuestro autor en el tercer párrafo seleccionado, que es un consejo que dirige a quienes hayan de enseñar con su método: *“Lo que entra por los ojos y se explica con sencillos ejemplos queda grabado en el entendimiento y lo recuerda la memoria mucho mejor que lo explicado teóricamente con largas e indigestas disertaciones”*.

Así, y siguiendo el procedimiento aludido, Ferreiro hace que sus alumnos se imaginen subidos en un globo para observar mayor territorio según van ascendiendo, a la vez que va describiendo los paisajes que observa: *“El arroyuelo cruza el llano entre las tierras de labor y las huertas, pasado junto a la arboleda y bañando el pie de un gracioso cerrito áspero, a la derecha, por los peñascales que tiene y de cuesta suave por la izquierda, en donde se ve la senda que conduce a la ermita de la cumbre”*. El paisaje así descrito es el reflejado por el pincel de Riudavets, que los alumnos pueden ver y también por el plano del mismo que lo acompaña, que los alumnos pueden comparar. Y, más aún, donde no llega la descripción, Ferreiro la reemplaza por la imaginación: *“Imaginemos que subimos por encima de Madrid hasta colocarnos en la Luna. Mirando desde allí, veríamos el globo terrestre como una gran bola de color cobrizo muy reluciente en la parte que le da el sol y más ceniciento en su lado opuesto”*. Hoy sabemos que la Tierra, vista desde la Luna, no es un globo de color cobrizo sino azul, pero eso nadie, antes del primer astronauta, se lo podía imaginar. En otras ocasiones utiliza metáforas y analogías de la vida corriente para explicar a los alumnos determinados fenómenos geográficos, como las mareas o la órbita geostacionaria de la Luna, etc. Podíamos continuar con más ejemplos, pero sería alargar innecesariamente la referencia de un texto que exigirá una edición completa²⁸.

Esta Geografía Elemental de Martín Ferreiro, que hubiera debido servir de modelo para la enseñanza de la Geografía en la España de su tiempo, estaba prácticamente terminada cuando falleció su autor, el 5 de abril de 1896, *“dejando a su desvalida familia el honor de un hombre honrado y la estrechez por herencia”*, como dijera Victor Concas en la sesión necrológica dedicada a su memoria. En la misma sesión, el mismo Concas da cuenta de la existencia del libro, única referencia que se ha tenido del mismo du-

²⁸ Es la intención de la actual Junta Directiva de la Real Sociedad Geográfica, como justo homenaje, aunque indudablemente algo tardío, a quien fuera su primer Secretario General Perpetuo

rante años: “un libro que sea el fundamento de la educación geográfica de la juventud; y ese libro encargado por el Ministerio de Fomento a la Sociedad Geográfica, y por ésta delegado su trabajo al Secretario General de la misma, está casi terminado”.



Figuras 3ª. Primera página de la *Geografía Elemental* de Martín Ferreiro (izquierda) y una de las láminas que ilustran la obra (derecha), debida a José Riudavets I Monjó

Al principio no se pensó que la muerte de su autor fuera a impedir la publicación y difusión de su obra, pero las circunstancias políticas distrajeron la atención de los miembros de la sociedad de los temas educativos, quitando interés por el libro²⁹. Hay constancia de algunos intentos que se hicieron al respecto, principalmente a cargo de Ricardo Beltrán y Rózpide, que había sucedido a Ferreiro en la secretaría de la sociedad y que se dirigió a la Casa Editorial Roma y Compañía, editora entonces del Boletín para obtener un presupuesto. Se pensaba que la tirada fuera entre diez mil y veinte mil ejemplares, lo que da idea de la difusión y aceptación de la obra en que se estaba pensando, pero debido al número de ilustraciones y la calidad de

²⁹ Del libro se llegó a perder totalmente la pista. No quedó registrado en el Catálogo de la Biblioteca de la RSG de Gavira (1948) y se le supuso perdido. Así Hernández Sandoica (1980: 543) dice que no pudo encontrarlo en la BNE, sin duda a causa de las vicisitudes que sufrió la Biblioteca de la RSG hasta 1970. Tampoco Llorente Pinto, que aventura alguna hipótesis sobre la causa de su no publicación, da alguna noticia sobre su paradero (1988: 67). El libro fue una de las piezas de la Exposición Conmemorativa de la RSG en 2001, pero no se le llegó a identificarlo con el encargo ministerial de un siglo atrás, causa original de que se escribiera. Incluso una de sus láminas, debido a su bella factura, está en la actualidad en la página web de la Sociedad, con un escueto pie de imagen que no permite su identificación. Por último, hay que decir que la *Geografía Elemental* de Martín Ferreiro se ha expuesto recientemente en la muestra: “La RSG en la BNE: Geografía, colonialismo y enseñanza en la España de la Restauración” BNE 4 de Febrero-18 de mayo de 2014”, con las correspondientes informaciones y correctas referencias de catálogo

las mismas, suponía un gasto elevado. Además se pretendía un sistema de reparto de beneficios, una vez descontados los costes de edición, entre tres agentes involucrados a partes iguales: el editor, la Sociedad Geográfica y los herederos de Ferreiro. Condiciones que dada la incertidumbre del momento hacían difícil que ningún editor se interesara por la obra. Además, las circunstancias geográficas habían cambiado de forma significativa. La Geografía de Ferreiro terminaba con una breve descripción del mundo y de España y Portugal, con un apartado dedicado a las *Provincias y Posesiones de España en las demás partes del mundo y fuera de Europa*, que cuando se acabó de escribir el libro a principios de 1896 naturalmente incluían a Cuba, Puerto Rico, Filipinas y otras islas del Pacífico, que posteriormente fueron tachadas (páginas 83-85 del manuscrito original) por mano desconocida. Pero ello sin duda dificultó la edición, pues suponía una modificación del original de un autor sin que este hubiera tenido ocasión de modificarlo.

Con todo ello, este libro de Martín Ferreiro, que sin duda hubiera podido suponer una renovación de la enseñanza geográfica en un momento clave de nuestra historia, terminó cayendo en el olvido, a pesar de los buenos deseos de algunos de sus compañeros de la Sociedad Geográfica de Madrid. Uno de los cuales lo lamentaba de esta forma, en carta de febrero de 1900, dirigida a Beltrán y Rózpide: “siento y mucho que no se llevara adelante la publicación de la *Geografía de Ferreiro* (qepd), porque de este modo va anticuándose y no se favorece ni a la viuda de aquel, ni a su buen nombre, ni a la actividad de que debiéramos dar muestra en todos los instantes y más ahora que tan decaídos estamos”, pues -suponemos que sería esa la causa de tal decaimiento- hacía tan solo trece meses y unos días del 10 de diciembre de 1898, en que se había firmado en París el Tratado que supuso la pérdida de “las posesiones de ultramar”, como decían los libros de Geografía de aquel entonces.

BIBLIOGRAFÍA

- BALLESTER CASTELL, R. (1916): *Geografía de España*. Gerona. Imprenta y librería de la viuda e hijo de José Franquet. Cfr. JAEINNOVA. *Cuaderno de investigación de Leoncio López-Ocón sobre las reformas educativas y científicas de la era de Cajal*. <https://jaeinnova.wordpress.com/tag/rafael-ballester-y-castell/>
- CAPEL, H. SOLÉ, J. y URTEAGA, L. (1988): *El libro de Geografía en España. (1800-1839)*. Barcelona. Edicions de la Universitat de Barcelona. 218 págs.
- CONCAS Y PALAU, V. M^a. (1896): “Sesión extraordinaria celebrada en la Junta General del 19 de mayo de 1896 en honor del Secretario General que fue de la Sociedad Geográfica de Madrid, Ilmo. Sr D. Martín Ferreiro Peralta” Bol. SGM. Tomo XXXVIII.

- GAVIRA, J. (1948): *Catálogo de la Biblioteca de la Real Sociedad Geográfica*. Madrid, Real Sociedad Geográfica. 2 vol. Tomo I: Libros y folletos. Tomo II: Revistas, mapas y planos.
- GARCÍA RAMÓN, M.D.; NOGUÉ FONT, J. (1995): «La experiencia colonial en Marruecos y las monografías regionales (1876-1956)». *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, 15, p. 335-349.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, E. (1980): “La ciencia geográfica y el colonialismo español en torno a 1880”. En *El científico español ante su Historia. La Ciencia en España entre 1750 y 1850*. I Congreso de la Sociedad Española de Historia de la Ciencia. Madrid, Diputación Provincial. Págs. 527-544
- LUIS GÓMEZ, A. (1985): *La geografía en el bachillerato español*. Barcelona, Edicions de la Universitat de Barcelona, 355 págs
- LLORENTE PINTO, J. M. (1988): “Colonialismo y Geografía en España en el último cuarto del siglo XIX. Auge y decadencia de la Geografía colonial”. *Ería* 12. Págs. 51-76
- MELCOM, J. (1989): *La enseñanza de la Geografía y el profesorado de las escuelas normales (1882-1915)*. Barcelona Edicions de la Universitat de Barcelona. 130 págs.
- MOLLA RUIZ-GÓMEZ, M. (1985): “El concepto de Geografía en la Real Sociedad Geográfica. Primer tercio del siglo XX”. En *Ería*. 9. Págs. 203-211.
- RODRÍGUEZ ESTEBAN, J. A. (1996): *Geografía y colonialismo. La Sociedad Geográfica de Madrid (1876-1936)*. Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- RODRÍGUEZ ESTEBAN, J. A. (1988): “Rafael Torres Campos (1853-1904). Geografía educadora y educación geográfica”. En: *Ería*. 16, pp.131-148
- SUÁREZ DE VIVERO, J. L. (1983): “La Geografía en el desarrollo científico español”. En *II Coloquio Ibérico de Geografía, Lisboa. 1980*. Tomo II: Comunicaciones. 235-247 págs.
- URTEGA, L. SOLÉ, J. Y CAPEL, H.(1989): “Análisis bibliográfico de los textos de Geografía utilizados en la enseñanza española”. En PESET REIG, J. L. (coord.): *Ciencia, vida y espacio en Iberoamérica*. Madrid CSIC. vol III. Págs. 293-327.
- VEGA CALVO, E. de (1996): “Apuntes sobre la vida del famoso dorador y encuadernador Antonio Menard” en *Boletín de la Asociación para el Fomento de la Encuadernación de Arte*, nº 6, pp. 32-40

- VILÁ VALENTÍ, J. (1977): "Origen y significado de la Sociedad Geográfica de Madrid". En: *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, Vol. CXIII: pp. 217-249.
- VILLANOVA VALERO, J. L. (1999): "La Sociedad Geográfica de Madrid y el colonialismo en Marruecos (1876-1956)". En *Documents d'Anàlisi Geografica*. 34, pp. 161-187